

LUIS.—¿Y qué importa que todo el mundo lo haga? Demasiado es verdad; pero también es verdad, que la ley de Dios sobre ese punto, no ha cambiado ni cambiará.

(Continuará).

JUGUETES

— Y —

TRAVESURAS.

LA BRUJULA.

I

—Vamos, Carlitos, ¿somos amigos ó nó lo somos?

—Sí, Alejo, somos amigos.

—Pues entonces no me hagas rabiar.

—Yo, ¿qué hago?

—¿Qué haces? Pues bien se vé: no dejas nadar mis patitos.

—¿Cómo que nó? ¿Pues no ves que aún les ayudo?

—Nó, señor, no les ayudas y Alejo tiene razón, repuso en tal punto Manuel. ¿Sabes cómo les ayudarías? Si te colocaras con tu varilla en la misma dirección en que se encuentra Alejo; pero situándote en el opuesto lado de la palangana y mostrándoles el mismo extremo de aquella, resulta que los patitos no saben hacia donde ir, sucediéndoles lo mismo que le pasaba al *Carlino*, el perro que tenemos en la quinta, que cuando tú le enseñabas un pedazo de pan, yo le mostraba una tajada de salchichón; de suerte que, dejando aquel por éste, se quedaba sin ninguno en cuanto yo lo escondía. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero el *Carlino* estaba vivo y los patitos no son bestias.

—¿Pues qué son?

—Toma, juguetes. Pero lo que yo no sé comprender es, por qué siendo juguetes, hacen todas estas habilidades que yo les he enseñado.

—¿Y qué habilidades les has enseñado tú, Carlitos? Dí que les obligas á hacer, las que has visto

que yo les mandaba ejecutar. Yo sí que tengo mis patitos amaestrados á la alta escuela.

—¿Y hacen todas aquellas habilidades que ejecutaba el caballo Mazeppa de monsieur Ferroni?

—Lo que es á saltar no he podido enseñarles aún; pero á marchar en todas direcciones, á avanzar, á retroceder, á pararse, á andar—vamos, andar—cambiad una *n* de sitio y dá lo mismo: á nadar despacito, aprisá y á escape, no hay pato en el mundo que les gane. Ved si nó. “Señores: tengo el honor de presentar ante tan respetable público el patito *Flamita*, que amaestrado á la alta escuela trabajará en libertad. Ya ven ustedes cómo sin castigarle, anda al rededor de la palangana: cómo la cruza en todas direcciones y cómo se queda parado en el centro de ella. Pues ahora verán ustedes cómo aún cuando le diga que venga, se estará quieto, porque sabe que lo que yo quiero es que continúe en el mismo sitio. Ya ven ustedes, le enseño la varilla y se está quieto: casi le toco con ella la punta del pico y quieto siempre.”

—Caramba, Alejo, sí que le tienes bien enseñado.

—Sí, pero á mí no me la pegas, dijo Manuel. Tú aproximas la mano izquierda cerrada, al compás que acercas la derecha, con la cual sostienes la varilla, y esto es porque en la mano izquierda te guardas otra varilla igual á la que tienes en la derecha.

—Hombre, es natural: ¿has visto por ventura que lleven un sólo látigo los que presentan caballos en libertad? Acuérdate de que madame Troost, llevaba una tralla que rastallaba á las mil maravillas, y un latiguillo muy cuco y muy mono, como el que yo tendré para montar el caballo grande que me ha ofrecido papá para cuando toque en el piano los cinco ejercicios que estoy estudiando. Pues bien: hazte cuenta de que la

varilla de la derecha es la tralla y la de la izquierda el latiguillo.

—Bueno, bueno, sigue.

—Ahora verán ustedes como emprende la dócil *Flamita* á escape hacia la derecha, porque vé las dos varillas; y á mitad de la carrera se vuelve porque se las coloco hacia el lado opuesto. Ahora andará hacia atrás, porque le mostraré el mango por la cola. Ahora girará al compás del wals que voy á cantar...

—*E allora entrano los clowns é dan il salto morale.*

Y esto diciendo, metió Carlos ambas manos en la palangana y empezó á rociar al consumado maestro y al respetable público, que sin ser parte á defenderse de tan brusca acometida, no tuvo más remedio que acudir al acostumbrado arbitrio de pedir á voces el socorro de mamá.

Esta, que se hallaba bordando en un gabinete vecino, sorprendida por tan inesperado clamoreo, imaginó que pasaba algo grave, y arrojando á un lado el bastidor, dirigióse corriendo á la sala donde jugaban sus hijos.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? dijo apenas entró.

—Que estábamos divirtiéndonos... contemplando las habilidades... que Alejo les ha enseñado á los patitos...

—Bien, no lloreis, ¿y qué más?

—Y de envidia, porque los suyos no saben tanto...

—Hablad.

—Ha metido en la palangana sus manos, y...

—Y lo ha desbaratado todo á lo mejor de la función.

—Y mira cómo nos has puesto los trajes que ayer nos concluistes.

—¿Es verdad esto, señor Don Carlos?

Inútil es decir que el interpelado no podía negarlo, y que los indicios, aún prescindiendo de la declaración unánime de las víctimas, bastaban para engendrar la más profunda convicción moral